

1868

BUENOS AIRES

1968



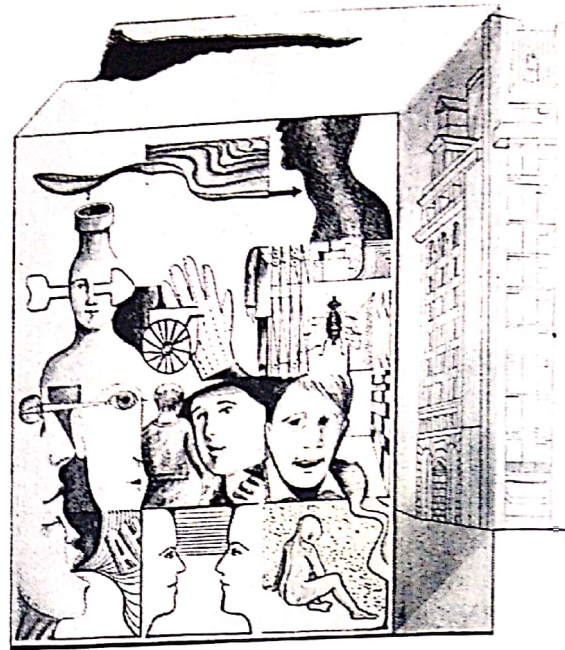
*P*ese a estar situada en el cono sur del Hemisferio Austral, Buenos Aires tiene historia, vida y características comparables a las capitales más antiguas y conocidas del mundo. Y no es porque su árbol genealógico date de muchos siglos, sino porque en poco tiempo ha crecido evolucionado y se ha incorporado, como pocas, al mundo moderno, sin por ello perder en sus barrios, en sus esquinas, en su atuendo, ciertas modalidades de otros géneros de vida diferenciados.

Buenos Aires una y múltiple; única y diversa; singular y polifacética.

De ahí que Buenos Aires ocupe la creciente atención del periodismo, de escritores, pintores, músicos, artistas todos, y aun del ciudadano común. Buenos Aires se va redescubriendo a sí misma— en verdad y en humildad—, y todos vamos tomando conciencia de su latir, de su imagen, de sus hombres.

Buenos Aires se refleja en sus barrios —algunos comparables a los célebres *quartiers* de París—, cada uno con expresión propia, aglutinados por la denominación común de “porteños”, mas desbordantes de policromía y de sabor distinto. Este reencuentro con Buenos Aires múltiple, este poder apreciar y gustar de sus variadas actitudes y modos de ser, merece un tributo de hombres para una ciudad cosmopolita, crisol de hombres. Desde luego, LYRA no puede permanecer ajena a esta suerte de regresión a la ciudad, y he aquí la razón de esta cálida ofrenda a Buenos Aires y sus barrios, cristalizada en este y en el próximo número, por medio de sus mejores escritores y artistas, testigos de los rostros, de la vida misma de este inagotable “Buenos Aires querido”.

Te temo porque exiges que sea  
 porque te alzas, cuchara con aceite de castor  
 y debo tragarte, por mi bien dicen, porque lo necesitas decían.  
 Y pienso en arenales y río  
 y los veo extáticos, yo misma salvada de mi,  
 mientras te trago ciudad oleosa y oscura que te me deslizas.  
 Tengo que estar, que serme garganta  
 y noirme por anchos blancos intensos arenales  
 cuando te me vienes en un rostro, un grito mudo que introducen  
 su golpe de soledad en la mía que a tumbos se busca y pierde  
 entre tantas soledades imposibles de antes de ayer, pasado mañana.  
 Mientras te me deslizas por la garganta  
 y llegas a esa zona de alarido sin salida  
 veo rostros y más rostros que te designan, te acusan  
 y al fin te absuelven porque estás, pobre ciudad, con ellos  
 y los ayudas a que los sueños nunca se les rompan porque los matas  
 antes de que se atrevan a salir hacia el viento, una tarde,  
 cualquier señal que les parece venir que lo que llaman esperanza.  
 Pierdo memoria, un guante, cualquiera de esos indicios  
 que recoge algún barrendero de paso, sin darse cuenta  
 que levanta una confusión, una tristeza incompañada que no me pertenece  
 hecha como la ciudad de mil calles esquinas desencuentros sollozos risas  
 y se va con el guante en alto o al fondo del recipiente, donde tal vez  
 hay otro distinto grande pequeño claro oscuro de hombre de mujer.  
 Y quisiera estar ahí, en el fondo, para estrechar ese guante sin mano  
 con esta mano sin guante que se estira sola, algo cierta de su soltería,  
 de su deshermandad en esta mañana de junio de Buenos Aires.  
 Cuando salgo de tus calles y entro al ascensor reconocido,  
 a las paredes que hace tiempo detienen bruscamente mi ciega  
 búsqueda de la luz, mis erróneos topetazos de moscardón, mi huir  
 del invierno de más adentro que ese adentro de las habitaciones,  
 cuando salgo para así entrar aprieto los ojos y entonces pasas, ciudad,  
 pasas vertiginosamente ese día esos rostros ese dolor que mira sin ver  
 y quiero a empujones a palabras a cortesía a cualquier violencia o suavidad  
 mirar ojos que ven, en el sitio de los ojos, y no azogues que eligen serlo  
 que alguna vez fueron espejos capaces de decirse así mismos, a los otros  
 de entregar la sonrisa que ante ellos nacía, de ofrecer el llanto al llanto  
 o al menos, aceptar vernos sin más respuesta que la comunicación sin mensaje  
 de una pupila con otra transeúnte, anónima, desconocida, hermana, propia.  
 Ciudad eres oscura y oleosa cuando descienes por esta garganta  
 que gritaba a los chicos de la isla nombres sin gente, nombres inventados.  
 Para reír en la luz del río, de las arenas, del viento, para reír sin más  
 espera que aquellas risas de enfrente, nunca tomadas entre manos, risas  
 de criaturas descalzas, que se unían a las nuestras, risas a dúo, gran risa.  
 Ciudad, si pudiera decir nombres extraños y esperar respuesta esperada  
 si pudiera gritarlos así y porque sí, como entonces, pero ahora a los ojos  
 lejanos de enfrente, nunca a milímetros de los míos, y mirarlos cuando miran  
 este grito; ciudad, si pudiera te amaría como a madre de ellos y no indiferente  
 y no la que distancia las islas entre sí, ordena viento en contra de mi grito  
 mientras desespero, porque ellos están allí, a pocos metros abrazo, están  
 tal vez aguardando esas inocentes señales para responder con lo mismo  
 que les envío y estar juntos, en silencio o palabras, risa o tristeza, juntos;  
 sin más que ese estarnos suspensos uno de los otros,  
 sin por qué, sin para qué, sin mutuamente sabernos nombres,  
 e irnos viento río abajo, gris calles abajo, en algo que otros  
 más solos aún recogerían como a aquella risa los chicos de la costa,  
 que adivinábamos tras los anchos reverberantes arenales, tras la lejanía.  
 Ciudad, que en presente me exiges sea, que "tienes que ser" tan duro  
 es habitarte cuando traemos la mirada abierta por luz de agua  
 por luz de campos, por luz de arenas blanquísimas, por esta luz  
 de chico al mediodía, desnudo y alegre, sobre el verano de un arenal.  
 Porque rechazas esa luz y obligas a mirar sin enceguecimiento  
 tus criaturas, a ocupar el sitio de la nostalgia con presencias  
 que pasan, que se van, que se pierden, que se ignoran entre sí, que pasan  
 ciudad, es tan duro amarte como imposible no amarte.



# B U E N O S A I R E S

EMMA DE CARTOSIO